

nacion, y cuando deseamos enunciar simples reflexiones ó racionios : cuando hablamos en estado de tranquilidad interior, y cuando desahogamos nuestro corazon haciendo sentir á los demas los varios afectos que nos agitan : cuando queremos comunicar un pensamiento abierta, franca y directamente, y cuando deseamos presentarle con cierto disfraz y de una manera oblicua. De estos principios, cuya verdad no me detendré á probar porque me parecen evidentes é incontestables, resulta que las formas todas de los pensamientos se reducen necesariamente á cuatro clases generales : 1.ª las que empleamos para dar á conocer los objetos en sí mismos : 2.ª las que usamos para comunicar simples racionios : 3.ª las que sirven para expresar las pasiones, y 4.ª las que pueden adoptarse para presentar los pensamientos con cierto disfraz ó disimulo, cuando así convenga. De esta clasificacion resulta ademas con toda claridad lo que son las formas de los pensamientos ; pues se ve que en suma son *las varias modificaciones que estos reciben de la imaginacion, la razon, la situacion moral y la intencion del que habla.*

CAPITULO PRIMERO.

DE LAS FORMAS PROPIAS PARA DAR Á CONOCER LOS OBJETOS.

Todas las de esta clase pueden reducirse á dos especies, porque si el objeto es único, se le *describe*, si son varios, se *enumeran*. La forma que en ambos casos toma el pensamiento, se llama en consecuencia y con toda propiedad, en el primero *descripcion*, en el segundo *enumeracion*.

ARTÍCULO PRIMERO.

De la descripcion y sus varias especies.

Consiste, como su nombre mismo lo indica, en que no contentos con nombrar un objeto, le hacemos visible en cierto modo individualizando sus propiedades y circunstancias. Los objetos que se pueden describir, son : los seres abstractos no personificados, los objetos materiales inanimados, los hechos ó sucesos pasados, los acontecimientos futuros, las épocas del tiempo, los sitios, lugares ó parajes ; el exterior de una persona verdadera ó ficticia, sus cualidades morales y las de una clase entera. Daré ejemplos de todas estas varias descripciones,

porque, así como introducidas con oportunidad y estando bien hechas, son el principal adorno de las obras en verso, y hasta cierto punto aun de las de prosa ; así tambien, cuando están fuera de su lugar ó hechas con poco gusto, son el borron mas feo de cualquier composicion.

Seres abstractos.

Estos se describen enumerando sus causas y sus efectos. Así Ciceron (*pro Marcello*) para describir la gloria enumera sus causas. « *Es, dice*, una brillante y muy extendida fama que el hombre adquiere por haber hecho muchos y grandes servicios, ó á los particulares, ó á su patria, ó á todo el género humano. » *Gloria est illustris ac pervagata multorum et magnorum, vel in suos, vel in patriam, vel in omne genus hominum fama meritorum.* Qué verdad ! Ningun filósofo ha definido mejor la gloria. Nótese la bien observada gradacion, *suos, patriam, omne genus hominum.* En efecto, glorioso es ser útil á sus conocidos, amigos ó parientes, en suma, á varios individuos ; pero mas lo es haber hecho grandes servicios á la totalidad de sus conciudadanos, y gloriosísimo hacérselos á todo el género humano. Cervántes en la tercera parte del *Quijote*, capítulo 9, copiando casi literalmente otro pasaje del mismo Ciceron, describe la Historia individualizando sus efectos. « *Es, dice, madre de la verdad, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir.* El maestro Pérez de Oliva, en el *Diálogo de la dignidad del hombre*, describió tambien por los efectos la sabiduría diciendo : *Esta nos da en el ánimo templanza, alumbra al entendimiento, concierda la voluntad, ordena el mundo, y muestra á cada uno el oficio de su estado. Esta es reina y señora de todas las virtudes ; esta enseña la justicia y temple la fortaleza ; por ella reinan los reyes y gobiernan los príncipes, y ella halló las leyes con que se rigen los hombres.* »

Acerca de estas definiciones oratorias basta prevenir que *sean verdaderas y concisas ; y que los efectos que se atribuyan al objeto definido, ó las causas que se le asignen, le sean peculiares, ó no pertenezcan á otros.* Tales son las dos de Ciceron : la del maestro Oliva es algo defectuosa en esta parte, porque dice de la sabiduría cosas que convienen mas bien á la virtud en general y á la prudencia en particular. Se

ve que toma la palabra *sabiduría* en un sentido muy vago, y no precisa bien lo que es peculiar de ella, con exclusion de las otras prendas intelectuales y morales del hombre.

Seres ú objetos materiales inanimados.

El mismo Cervántes, en el capítulo 46, describe así graciosamente la cama que á D. Quijote le dieron en la venta cuando llegó apaleado por los yangüeses. Solo contenia, dice, cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodosques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro; y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada, cuyos hilos si se quisieran contar, no se perderia uno de la cuenta.

Acerca de estas tampoco es necesario encargar sino que sean fieles y animadas, es decir, que nos pongan á la vista el objeto con tanta puntualidad, y le retraten tan al rivo que nos parezca que le estamos viendo. Tal es la de Cervántes, y por ser esta tan buena, es inútil citar otras. Malas se hallan á cada paso en los escritores que no tuvieron tanta habilidad para pintar, como el autor del *Quijote*.

Hechos ó sucesos pasados, sean verdaderos, sean fingidos.

Tambien nos dará Cervántes un modelo. En el capítulo 9 describe así la batalla de D. Quijote con el vizcaino: *Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe, fué el colérico vizcaino, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérselo la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy mal trecho. ¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el*

corazon de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga mas, sino que fué de manera que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaino, acertándole de lleno sobre el almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices y por la boca, y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero con todo esto sacó los piés de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra.

Estas breves y sueltas narraciones, que ó hacen parte de una historia ó se insertan en obras que no son narrativas, están sujetas á las leyes generales de toda narracion, de las cuales se tratará mas adelante.

Sucesos futuros.

Ciceron, en la 4.^a *Catilinaria*, presenta un bellissimo ejemplo de esta especie de descripcion, pintando un suceso que no se habia verificado aun ni llegó á verificarse, á saber, el incendio de Roma por los conjurados. Dice así: « Me parece que veo á esta ciudad, la lumbrera del orbe, alcázar de todas las naciones, ardiendo de repente por todos lados, y arruinándose: se: mi imaginacion me representa montones de misereros ciudadanos sepultos entre las ruinas de la patria; y estoy mirando el semblante furioso de Cethego, loco ya de alegría al veros á vosotros degollados. » *Videor mihi hanc urbem videre, lucem orbis terrarum, atque arcem omnium gentium, subito uno incendio coincidentem: cerno animo sepultá in patriá miseros, atque insepultos acervos civium: versatur mihi ante oculos aspectus Cethegi, et furor in vestra cæde bachantis.* Lástima es que en un pasaje vehemente, y en medio del verdadero lenguaje de una imaginacion acalorada, tropecemos con aquella estudiada contraposicion, *sepultá in patriâ.... insepultos acervos civium*, que en la traduccion he cuidado de evitar.

Ya se deja entender que esta especie de raptos, por los cuales nos trasladamos en imaginacion á ver y pintar sucesos que aun no han llegado, no pueden emplearse con oportuni-

dad y verosimilitud, sino cuando la fantasía del escritor se supone muy conmovida y acalorada. Tal es la situación en que Ciceron se hallaba cuando aventuró el que acabamos de ver.

Una época del tiempo.

Queriendo Virgilio hacer resaltar el estado de agitación en que se hallaba Dido, al hacer los preparativos para quitarse la vida, describe la tranquilidad apacible de aquella fatal noche en estos hermosísimos versos.

*Nox erat, et placidum carpebant fessa soporem
Corpora per terras: silvæque, et sava quierant
Æquora; cum medio voluntur sidera lapsu,
Cum tacet omnis ager; pecudes, pictæque volucres,
Quæque lacus late liquidos, quæque aspera dumis
Rura tenent, somno positæ sub nocte silenti,
Lenibant curas et corda oblita laborum.
At non infelix animi Phœnissa, etc.*

Era la noche y hora en que los astros
Están en la mitad de su carrera;
Y los mortales en el orbe todo,
Rendidos del trabajo á la fatiga,
De plácido reposo disfrutaban.
El viento no agitaba las florestas,
El turbulento mar estaba en calma,
Y en silencio los campos. Los ganados,
Y las pintadas aves, así aquellas
Que moran en las líquidas lagunas,
Como las que se albergan en terrenos
Erizados de espesos matorrales,
En los brazos del sueño *sus amores*
Olvidaban, y el hombre sus cuidados:
; Alto don de la noche silenciosa!
No así Dido infeliz, etc.

En la traducción de los últimos versos me he tomado alguna libertad, porque (sea dicho con todo el respeto que se merece un poeta como Virgilio, y con toda la desconfianza que cualquiera debe tener al criticarle) lo de *lenibant curas*, referido á los animales, no es muy exacto; y estoy por creer que aquí falta un verso, en el cual, volviendo á los hombres, dijese el poeta que con el sueño olvidaban sus cuidados y reparaban sus fuerzas. Por esto he dicho de los animales, que mientras duermen, olvidan sus amores, y he referido los *cuidados* al hombre, que es de quien puede decirse con propiedad, que los tiene y los olvida, mientras duerme. Sea de esto lo que fuere, veamos ahora el mismo cuadro trazado por otro poeta, y se

observará prácticamente la diferencia que hay entre un escritor de fino y delicado gusto, y otro que no le tiene tan puro, aunque por otra parte sea hombre de gran talento, agudo ingenio, y mucha doctrina. Este es nuestro Quevedo, que en la silva *Al sueño*, queriendo imitar este pasaje de Virgilio, dice:

Con piés torpes al punto, *ciega y fria*,
Cayó de las estrellas blandamente
La noche tras las *pardas* sombras *mudas*,
Que el sueño persuadieron á la gente.
Escondieron las galas á los prados,
Estas laderas, y sus *peñas* solas
Duermen ya entre sus montes recostados.
Los mares y las olas
Si con algun acento
Ofenden las orejas,
Es que *entre sueños dan al cielo quejas*
Del *yerto lecho y duro acogimiento*
Que *blandos* hallan en los cerros *duros*.
Los arroyuelos puros
Se adormecen al son del llanto mio,
Y á su modo tambien se duerme el ric

Con sosiego agradable
Se dejan poseer de tí (1) las flores;
Mudos están los males,
No hay cuidado que hable,
Faltan lenguas y voz á los dolores;
Y en todos los mortales
Yace la vida envuelta en alto olvido:
Tan solo mi gemido
Pierde el respeto á tu silencio santo, etc.

Omitiendo por ahora algunos descuidillos que se pueden notar en este pasaje de Quevedo (y no es el peor que se halla en sus obras) observaremos solamente, que aquello de que *las peñas duermen*, es impropio. Por cierta razón, que á su tiempo veremos, se dice que duermen aquellas cosas que, estando ordinariamente en agitación, como las aguas corrientes ó las olas del mar, quedan alguna vez paradas ó quietas; pero las peñas, que nunca se mueven ni pueden ser agitadas por el viento, ¿cómo han de dormir porque sea de noche? ¿No vió el buen Quevedo que tan dormidas están á las doce del día, como á las dos de la mañana? ¿Y qué diremos de aquellos mares y aquellas olas, que *entre sueños dan quejas al cielo*, de que siende ellos *blandos*, hallan en los cerros *duros* un *lecho yerto* y un *duro acogimiento*; lo cual, traducido en racional, quiere de-

1. Habla con el sueño. Nota del autor.

cir, que el mar estaba tan en calma, que solo se oía el ligero ruido que sus mansas olas hacían en las peñas de la orilla? ¿Puede alambicarse mas un pensamiento, ni expresarse con mas afectación? Y en Virgilio ¿hay algo que se parezca á esto? Nada. Las mismas ideas en el fondo ¡con cuánta sencillez y verdad están expresadas! *el borrascoso mar en calma, los campos en silencio, los hombres que rendidos del trabajo gozan ya de plácido reposo, los animales mismos entregados al descanso, la noche silenciosa, los astros en la mitad de su carrera*; hé aquí un cuadro perfecto: el de Quevedo tiene algunos borrones.

Edificios, sitios, paisajes.

Descripciones de esta clase se hallan á cada paso en los poetas. Virgilio tiene en el libro I. la del puerto cerca de Cartago, adonde, pasada la tormenta, llegó Enéas con parte de sus naves; en el VI. la de los Campos Elíseos, y en todas sus obras otras varias que sería largo copiar; pero que todo poeta debe leer y releer. Homero tiene muchas bellísimas por su concisión, exactitud y sencillez, que igualmente omitiré, porque lo importante en este punto no es acumular ejemplos, sino prevenir á los escritores, particularmente á los poetas, que se guarden mucho de una manía muy comun en los que no han tenido un gusto tan puro como Virgilio y Homero; la de querer describir todos los objetos de que hablan, creyendo que la poesía consiste en hacinar unas sobre otras sin discernimiento alguno, prolijas, hinchadas, inoportunas, monótonas y trivialísimas descripciones. Cuando uno de los grandes maestros nos ha descrito ya, por ejemplo, una verde y amena pradera esmaltada de flores, rodeada de frondosos y entretajidos árboles que apenas dejan paso por entre sus ramas á los ardientes rayos del sol, y regada por las cristalinas aguas de un manso arroyuelo, etc., etc., es inútil que los demás, siempre que hablen de prados, nos repitan la misma descripción, ó que procurando variarla, la echen á perder con alguna añadidura impertinente ó impropia. Boileau censuró ya juiciosamente en su *Arte poética* esta pueril manía de querer describir menudamente todos los objetos. Y aunque él aludía á Escuderi y otros poetas franceses, parece que habla de nuestros épicos, y señaladamente de Balbuena en su *Bernardo*. Ningun poeta antiguo ni moderno ha tenido igual prurito de describir; pero

entre sus innumerables y larguísimas descripciones no hay una sola que sea perfecta y oportuna, y esté ceñida á los límites que señalan el arte y el buen gusto. Al contrario, todas ellas son ó intempestivas ó redundantes; y sus bellezas, si alguna tienen, están siempre mezcladas con notables defectos, ya en los pensamientos, ya en la manera de expresarlos. Para que la descripción de un objeto material sea buena, suponiendo que esté introducida con oportunidad, ha de ser tal que un pintor pueda por ella hacer un cuadro que represente el objeto descrito; y en efecto, tales son las de Virgilio, y las de los buenos poetas. Pues si por este principio hemos de juzgar las de Balbuena, ¿cuál será la que pueda contentar á un hombre de buen gusto? ¿Qué pintor, por ejemplo, podrá representar en un cuadro el castillo de la Fama por la descripción de Balbuena, que empieza así?

Entre la tierra, el cielo, el mar y el viento
 Un soberbio castillo está labrado;
 Que aunque de huecos aires su cimiento
 Y en frágiles palabras amasado,
 Basa no tiene de mayor asiento
 El mundo, ni los cielos se le han dado;
 Pues solo á él y su muralla fuerte
 No ha podido escalar ni entrar la muerte.

Dejemos las siete mortales octavas que siguen, que son del mismo jaez, y en las cuales está mezclada la pintura de la Fama con la descripción de su palacio ó castillo; y dígasenos, si habrá en el mundo, no digo un pintor que pueda dibujar sobre la tela, pero ni un hombre que pueda representarse en su imaginación un castillo labrado entre la tierra, el cielo, el mar y el viento (¿Qué sitio será este? Serán los espacios imaginarios.), cuyo cimiento es de huecos aires, y el cual está amasado en frágiles palabras. Los mas disparatados sueños de un enfermo, como Horacio llamó á extravagancias ménos absurdas, han de ser por necesidad mas concertados y coherentes, porque la imaginación mas delirante no puede forjar un objeto monstruoso, sino reuniendo partes materiales y visibles, de las cuales podemos formar idea. Mas de un edificio *amasado de palabras* y de un *cimiento de aire hueco* ¿quién se la formará?

Descripción del exterior de una persona verdadera.

Es la de un hombre, una mujer, un ángel, si se aparece en

forma humana, y aun los animales, aunque á estos no se puede dar en rigor filosófico el título de *persona*. Ciceron, en la oracion *Post reditum in senatu*, describe así el exterior del cónsul Gabinio, cuando se presentó al pueblo para apoyar la ley del tribuno Clodio, por la cual se desterraba á Ciceron. « Presentóse, dice, el respetable y majestuoso varon (ironía) « soñoliento, embriagado, débil y pálido por sus lascivos desórdenes, el cabello bañado en olorosos unguentos y rizado hacia la frente, los ojos cargados, los carrillos caidos, la voz baluciente como de un beodo, etc. » *Primum processit (quá auctoritate vir!) vini, somnii, stupri plenus, madente comá, composito capillo, gravibus oculis, fluentibus buccis, pressá voce et temulentá*. Cervantes tiene en este género algunas bellísimas; por ejemplo la de Maritórnes (*Quijote*, part. I, cap. 46). *Servia*, dice, *en la venta una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, de un ojo tuerta y del otro no muy sana. Verdad es que la gallardia del cuerpo suplía las demas faltas; no tenia siete palmos de los piés á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera*. Obsérvese que en esta descripción, por ser jocosa, y por serlo el tono de la obra, vienen bien algunas expresiones familiares y aun bajas, como *cogote, tuerta, roma*; pero no seria lo mismo en una descripción seria, y en una composición que exigiese tono elevado. No es ni con mucho tan perfecta, aunque tiene rasgos muy bellos, esta de Lope (*Jerusalén*, lib. II). Describe la persona de Saladino, y dice:

Adornada de un negro remolino
Cual novillo feroz tostado y hosco,
La frente, de un color trigueño oscuro,
Era en su torre el mas soberbio muro.

Pobladas cejas, ojos negros graves,
Sangrientas niñas de color fogosa;
Corva nariz (por Giro, ó por las aves,
Símbolo del Imperio, en Persia hermosa);
Cercaba las mejillas insuaves
Hispida barba, rígida y cerdosa;
Los bigotes, que en punta se adelgazan,
Los ojos con ser suyos amenazan.

La gruesa boca alegre descubria
Bien puestos dientes; grueso y alto cuello,
Dispuesto cuerpo, y miembros que podia
La escultura medir del pié al cabello.

Ya he dicho que en Lope casi siempre se hallan mezcladas bellezas, tal vez de primer orden, con faltas groseras que hoy evitaria un principiante; efecto del mal gusto que dominaba en su tiempo. Aquí tenemos otra prueba; y cada página suya las ofrece. Al lado de algunas bien entendidas pinceladas, como *pobladas cejas, ojos negros graves, hispida barba, rígida y cerdosa; grueso y alto cuello*; tenemos una frente que en la torre de Saladino es el mas alto muro; unos bigotes que amenazan á los ojos aunque son *suyos*, y la pedantesca observacion hecha al paso de que la nariz corva se tenia en Persia por hermosa, ó porque así era la de Giro, ó porque es corvo el pico del águila, símbolo del Imperio.

En confirmacion de lo que he dicho acerca de las descripciones de Balbuena, copiaré otra suya. Es la de la hechicera Arleta, cuando por medio de sus encantos se muestra á Ferragut con el exterior de una sin igual belleza: está en el libro VII, y dice así:

De poca edad y mucha hermosura
Niña de alegre gusto parecia;
La frente un claro cielo, en cuya altura
Sobre la nieve el sol resplandecia;
De gentil cuerpo y agradable hechura,
El rostro del color que nace el dia,
La garganta gentil, y el blanco pecho
De frescas rosas y jazmines hecho.

Dado al descuido un nudo en el cabello,
Donde el sutil amor quedó enredado,
Para hacer lazos y marañas de ello
Y el pensamiento atar al mas delgado;
Dos arcos de un dorado y sutil vello,
De cien flechas y mas cada uno armado,
Que van volando y dan en las entrañas,
Al mover de las cejas y pestañas.

Dos mayos de azucenas y claveles
En un verano, son sus dos mejillas;
Sus dulces labios de coral, ríeles
Con que ríe el placer por sus orillas:
De aljofarados dientes dos caireles,
Y en cada uno un millon de maravillas:
Verdes sus ojos, y sus luces bellas
Mil soles, que son poco mil estrellas.

Aquí, á excepcion de tres ó cuatro rasgos bien dibujados y que pudieran entrar en una buena descripción, todo lo demas es bambolla, binchazon, mal gusto, impropiedad y algarabía. Una frente que es un claro cielo, en cuya altura res-